

Retrovisor

Luis Panini

(Fotografía: David McNew/Getty Images)

EL RUIDO DEL MOTOR LA DESPERTÓ antes del amanecer. La mujer buscó sus sandalias al pie del catre, entrecerró el escote de su bata con una mano y con la otra descorrió una cortina para asomarse por la ventana, angustiada ante la posibilidad de haber dormido más tiempo del que había planeado. Recargó su cadera contra el antepecho y arrugó los ojos para que su mirada atravesara la penumbra. Alcanzó a oír nuevamente el cascabeleo de la maquinaria, pero el ruido venía de lejos. Algún fletero extraviado, pensó. No era nada nuevo sorprender a algún desconocido tratando de encontrar una salida por los laberínticos caminos de tierra suelta y sin nombres que rodeaban a la zona, flanqueados en su mayoría por construcciones improvisadas y viviendas sobre ruedas cuyo deterioro jamás les permitiría recobrar la movilidad. Además, sonaba demasiado fuerte como para tratarse de la camioneta que pasaría a recogerla. Póngase lista, le advirtieron, porque nosotros no la vamos a esperar si no sale de su casa. No le vamos a pitar, mucho menos a bajarnos para tocarle, aquí mi compañero le va a dar un pisotón al acelerador para que nos oiga.

La mujer se acercó al fregadero y giró la llave del agua fría. La tubería se estremeció en el interior del muro, como desperezándose luego de una larga siesta antes de permitirle al agua asomarse. Llenó un vaso casi hasta el borde y con un trago consiguió enjuagarse el sabor a monedas que traía adherido al paladar.

El monte estaba oscuro, apenas logró adivinar las siluetas de algunos matorrales. Entonces distinguió el par de luciérnagas en la lejanía empujadas por el crepitar de un motor menos ruidoso. Se apresuró para dejar escapar a la tarántula que le había hecho compañía durante los últimos años. Antes de liberarla la cubrió con la señal de la Santa Cruz para protegerla contra resorteras, tacones y depredadores silvestres. Se le humedecieron los ojos cuando la oscuridad se la tragó. Ya no podría acariciar sus patas velludas, dejarla trepar por su brazo. Nunca.

Anudó los cordones de su único morral cuando la luz de los faros se filtró en el interior de la vivienda, iluminándolo todo, hasta la suciedad acumulada en las grietas de los muros. Recuérdelo, una pieza, nada más, no hay mucho espacio en la troca, allá tendrá tiempo de comprarse lo que necesite, hasta le va a sobrar el dinero, de mí se acuerda. Verificó que las hornillas de la estufa estuvieran cerradas y el tanque de gas desconectado. La cama estaba hecha, la puerta trasera con la cadenilla puesta y un palo a manera de contrafuerte para frustrarle el paso a los ladrones. Mientras le dedicaba a su hogar un último vistazo, se arrepintió por no haber cubierto los muebles y los retratos con algunas sábanas y trapos sucios.

El conductor de la camioneta presionó el acelerador una sola vez, tal y como lo advirtió tiempo atrás. Al salir sintió la mirada de su difunta madre clavarse en la espalda desde un retrato que llevaba años colgado en la sala-comedor, como

salmodiándola por el error que estaba a punto de cometer, abandonarlo todo, seducida por el barullo de incontables voces que ella siempre condenó por saber queregonaban una mentira: *Allá hasta el dinero le sobra a uno*. Varias de sus vecinas ya lo habían dejado todo y a veces llegaban rumores al pueblo sobre los destinos que las abofetearon. Algunas fregaban pisos, otras se desnudaban a cambio de comida y un lugar donde pasar la noche. La única que logró mejorar su calidad de vida fue la que encontró un mechón de cabellos en el interior de una lata de refresco. Sus abogados argumentaron que dicho incidente la había traumatizado y que jamás podría confiar de nuevo en la pureza de una bebida enlatada.

En la camioneta, además del conductor y el copiloto, viajaban trece personas apretujadas en los tres asientos para pasajeros. Manióbró su cuerpo en el único espacio disponible entre dos señoras de gesto irritado. Háganse flaquitos, porque todavía tenemos que pasar por dos más, les avisó el conductor. Todos permanecieron en silencio al escuchar semejante anuncio. El copiloto soltó una carcajada. El olor de su aliento llegó hasta la parte trasera y le endureció las fosas nasales a varios. Al avanzar, la camioneta manifestó su descontento mediante una serie de ruidos mecánicos y suplicantes que exacerbaban la preocupación de algunos.

Debido al reducido espacio, la mujer no pudo volver el rostro para contemplar su vivienda una vez más. En el retrovisor del vehículo logró distinguir el contorno de la construcción, apenas insinuándose, pero aún estaba demasiado oscuro para apreciar en el reflejo los acabados de la fachada y algunos elementos estructurales que quedaron inconclusos cuando sus padres decidieron no construir el segundo piso. La imagen continuó empequeñeciéndose en el espejo. En

su reflejo se quedaba todo aquello que ya no formaría parte en su nueva vida, la que desde el fallecimiento de su madre había resuelto vivir.

El polvo que su continuo trajinar mantenía flotando sin sosiego encontró reposo sobre las superficies de madera algunos minutos después de su partida. Al poco tiempo, entre las perlas de cristal cortado que pendían del candil sobre la mesa del comedor, una araña terminó de tejer la tela en la que ya había capturado a una polilla. El silencio de las horas sólo fue interrumpido por los ruidos que provoca el desuso de los muebles y por el asentamiento de la casa sobre el terreno. Un ratón murió de hambre algunos días después al no encontrar algo comestible en los rincones que solía frecuentar durante sus rondas nocturnas. La vajilla de porcelana que permanecía guardada en la oscuridad de un trinchero y que nunca vio a su madre usar, ni siquiera en ocasiones especiales, se desplazó un par de milímetros debido a un movimiento telúrico tan sutil que ninguno de los habitantes del pueblo llegó a registrar. Alguien tocó la puerta principal y al no obtener respuesta deslizó por la ranura del buzón varios panfletos litúrgicos; la portada de uno vaticinaba un diluvio inminente. La lluvia abundante que trajo consigo la siguiente estación se filtró a través del techo y humedeció el retrato de su madre, incluso una gota se anidó cerca de uno de sus ojos. De haberla visto, algunos habrían creído que se trataba de un milagro, pero tal acontecimiento seguramente le habría traído a ella largas noches de insomnio en las que intentaría adivinar a la figura espectral de su progenitora deambulando en la penumbra de la casa; ya no sabría si era el viento o su fantasma lo que hacía pendular a las mecedoras del traspatio. La gotera de un grifo siguió desmenuzando el tiempo cinco veces por minuto durante varios meses. ▀